

Visita a César Vallejo

Fue en abril, un 15 de abril, hace muchos años, pero recuerdo muy bien el cielo cambiante de París en esas semanas y el retraso con que llegaba la primavera. Me había citado con dos estudiantes peruanos en un café cercano a la *Porte d'Orléans*. Estuve allí a la hora fijada y los aguardé embargado no por la curiosidad ni la expectación, sino por una vaga melancolía. Íbamos a visitar la tumba de César Vallejo, por entonces en el cementerio de Montrouge.

No supe de quién había sido la iniciativa, ni quiénes coordinaron el homenaje. No conocía bien, tampoco, a los compañeros con los que me iba a reunir en ese establecimiento. He olvidado mucho de aquel acto, pero me acuerdo sí, con rara vivacidad, de la atmósfera de esa tarde, y de pormenores dispersos, y de algunos de los deshilvanados pensamientos que cruzaban por mi mente.

Juntos, pues, los tres, tomamos el metro, y en poco tiempo estuvimos en las puertas de aquel vasto recinto. Había allí otros peruanos, a los que se sumaron otros más, y cuando fue el momento nos dirigimos a la tumba del poeta. Soplaban un viento húmedo y no tardaría en caer de nuevo la lluvia. Nubes errantes se sucedían en el cielo. Al cabo de una corta caminata por entre mausoleos y sepulcros llegamos al sitio que buscábamos.

Era una losa de piedra roja, creo recordar, al pie de un pedestal, con una inscripción con el nombre del extinto, y la precisión: *né à Santiago de Chuco, Pérou* (nacido en Santiago de Chuco, Perú).

Una tumba digna, severa, humedecida aún por la llovizna de la mañana, y cuya vista trajo a mi mente, trastocados, los versos suyos que dicen: *piedra blanca sobre piedra negra*. Una y otra vez los repetí en silencio, como si en esas palabras se resumiera aquel momento. No intenté, en esos largos minutos, abstraerme en la evocación del hombre cuya muerte conmemorábamos, ni en una consideración de su obra. No me habría sido posible. Me limité, pues, a observar la losa, y a repetir en silencio la cadencia amarga y honda de aquel poema. Alcé la vista luego, y contemplé los árboles que orillaban el cementerio, y el cielo, tan nublado.

No recuerdo si alguien pronunció unas palabras, o si nos limitamos a un respetuoso recogimiento. Éramos alrededor de veinte personas. Estuvimos allí, un buen espacio, y alguien depositó un ramo de flores. Después, en silencio, nos retiramos, y me despedí de los compatriotas. Mas no retorné a mi hotel, sino que fui a sentarme en un café y pedí una copa de esa bebida fuerte y acre que es el calvados. ¿Por qué, si nunca lo había hecho? Bebí a espaciados sorbos, mientras comenzaba una lluvia sostenida y menuda. Y entonces, en algún momento, sentí de súbito, casi tangible, un hálito de sierra peruana, de maizal y tejados, de noche y aguacero. Un hálito suscitado a la vez por mi propia nostalgia, por el recuerdo de lecturas recientes de *Trilce* y, desde luego, por la visita que acabábamos de efectuar. Una presencia de la tierra nativa entretejida con ese abril de lluvias y de viento, allí en París, y con el rumor de los autos en la calzada y el gusto seco del calvados.

Me dije entonces que mi homenaje a Vallejo no había estado tanto en la romería, sino en esa vivencia, en la que se confundían, de extraña manera, un París que anochecía, el aguacero, la soledad, y esa confusa pero intensa visión del Ande nativo. Y si ello había sucedido en mí, como podía haber acontecido con cualquier otro peruano en circunstancias similares, ¿cuántas veces no habría acontecido algo semejante en el alma del poeta, que tanto presentía su muerte en París y con aguacero?